

ANDRÉ PRENANT
Universidad de París-VII

Generaciones urbanas y recomposición social en las ciudades de Argelia

RESUMEN

A lo largo de treinta años, la Argelia independiente se ha urbanizado más por la aparición de unas 350 aglomeraciones que por el crecimiento del centenar de ciudades heredadas, hoy todas ellas grandes o medianas. Una primera nueva urbanogénesis se originó en los años 70 por el desarrollo y la difusión del sistema productivo, que absorbió también, por el empleo industrial, el paro de las ciudades heredadas, debido al éxodo rural. La segunda, nacida de la reordenación de los servicios y la vivienda, ha asociado paro, economía informal, discriminación y violencia social, incluso en las ciudades previamente formadas, desconcentradas pero fragmentadas.

RÉSUMÉ

Générations urbaines et recomposition sociale dans les villes d'Algérie.- L'Algérie indépendante s'est plus urbanisée, en trente ans, par l'apparition de quelques 350 agglomérations que par la croissance de la centaine des villes héritées, toutes aujourd'hui villes grandes ou moyennes. Une première urbanogénèse nouvelle est née dans les années 1970 du développement et de la diffusion du système productif, qui a aussi absorbé, dans l'emploi industriel, le chômage des villes héritées, dû à l'exode rural. La seconde, née du quadrillage des services et de l'habitat, a associé chômage, économie informelle, discrimina-

tion et violence sociale, jusque dans les villes déjà formées desserrées mais éclatées.

ABSTRACT

Urban generations and social recomposition in Algerian cities.- During the late thirty years, urbanization increase in independent Algeria was owing more to the apparition of some 350 agglomerations than to growth of the hundred of inherited cities, all of them now big or medium ones. The first new urbanization began in the seventies because of the development and diffusion of productive system, which also absorb, by the industrial employment, the inherited cities unemployment owing to rural exodus. The second one, born from services and housing reorganization, has associated unemployment, informal economy, discrimination and social violence, even in the previously formed cities, now disconcentrated but broke out.

Palabras clave / Mots clé / Key words

Argelia, urbanización, inversión pública, industria, vivienda, desinversión pública, desconcentración selectiva.

Algérie, urbanisation, investissement public, industrie, habitat, désengagement de l'État, desserrement sélectif.

Algeria, urbanization, public investment, industry, housing, State disengagement, selective disconcentration.

I LAS CIUDADES PRECOLONIALES Y NACIDAS DE LA COLONIZACIÓN

El Estado colonial francés había heredado ya una treintena de organismos urbanos preexistentes. Bajo su poder fueron, según los casos, bien marginalizados y de-

LA SUCESIÓN de políticas urbanas (y de sus ausencias) desde los orígenes de la colonización ha estructurado en la Argelia actual una serie de estratificaciones sociales tanto más complejas cuanto más antiguos son los organismos que se instalan y más larga es la sucesión de fases de urbanización y de factores ligados a cada una de ellas.

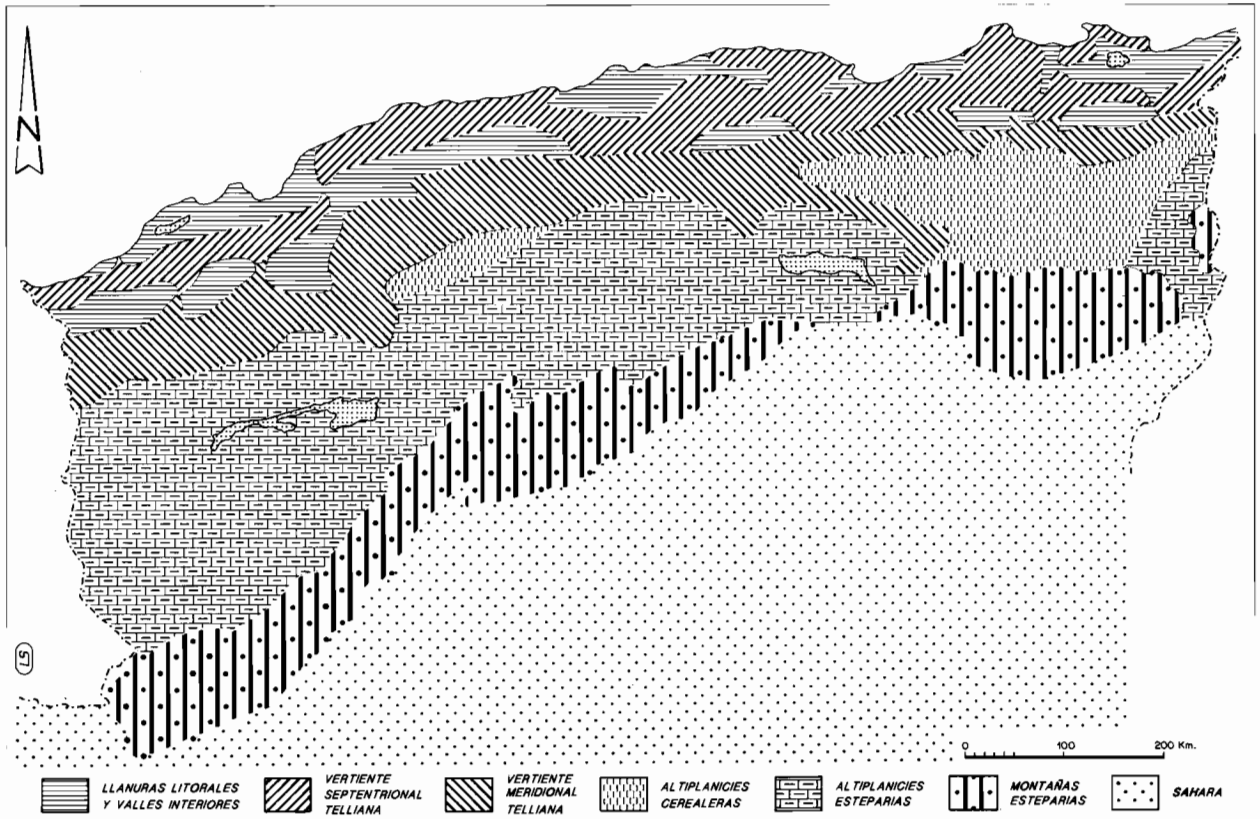


Fig. 1. Unidades morfológicas.

surbanizados (para resucitar después de la independencia), bien integrados en el sistema urbano colonial y, en tal caso, desigualmente destruidos/desestructurados y reconstruidos/reestructurados siguiendo el modelo colonial. Igual que sucedió con las sesenta ciudades nacidas de la colonización, este modelo sólo contemplaba a la población colonial (en la que fueron integrados los argelinos judíos naturalizados en 1871) y a una pequeña franja de argelinos musulmanes, sobre todo comerciantes y funcionarios, incorporados en posición subordinada a la nueva economía urbana. Los urbanos que permanecieron fieles a, y confinados en, los modos de producción precapitalistas quedaron también comprendidos y, con los rurales expulsados hacia la ciudad por la expropiación colonial del suelo, y después por la mecanización de la agricultura, relegados, los primeros (pero también algunos campesinos), esencialmente a los viejos centros degradados —*medinat*, pero también primeros núcleos coloniales—, y los segundos (pero también algunos desclasados locales), a «*campos periurbanos*» de hábitat precario. Las hambrunas y escaseces, el hostigamiento y la inseguridad correlativos de la represión y

de la guerra de independencia vinieron a *amplificar* un éxodo rural iniciado desde finales del siglo XIX. Cualquier elemento de atracción urbana brilla por su ausencia entre sus factores (PRENANT, 1953), que recayeron exclusivamente en las zonas campesinas de partida, en relación, sobre todo, con la apropiación urbanita, y principalmente colonial, de la tierra, y con la exacción por la minoría de sus detentadores urbanos y en beneficio propio de la renta rústica.

Así, la acumulación de parados en estas ciudades, en número excesivo desde antes de la independencia como para que la economía de la época, orientada a la satisfacción de las necesidades de su población colonial, pudiera absorberlos, dejó en herencia a la Argelia independiente una distorsión entre los empleos que quedaron disponibles por la marcha de la minoría colonial y la cualificación nula o mediocre de estos «neurbanos» más o menos tardíos, a quienes se abría la posibilidad de acceder a las viviendas desocupadas por esta marcha. De este modo, la existencia misma de estas viviendas libres se erigió en nuevo factor de atracción y, por consiguiente, de sobrecarga.

Con la independencia, estas ciudades, grandes y medianas, con origen bien en el pasado precolonial, bien en las diferentes modalidades de la época colonial, compartieron, en diferentes medidas, el peso de un stock de parados salidos del mundo rural y no preparados para un trabajo permanente como asalariados por poco cualificado que fuera. La reabsorción de este stock fue tanto más difícil cuanto que su crecimiento siguió siendo, en general, muy rápido durante bastante tiempo, marcado por un fuerte excedente migratorio ligado a la continuación del éxodo rural mientras la creación de actividades en el campo circundante fue insuficiente para retener a los que podían partir. En este contexto se produce la recuperación del parque de vivienda colonial, en proporciones que dependen de la relación entre la antigua minoría colonial y la masa de ocupantes de infraviviendas y de sin-vivienda, con o sin los medios financieros correspondientes, al menos hasta 1966 en el caso de los desequilibrios más flagrantes. Una vez ocupado este parque, la inserción de nuevos llegados, aun disponiendo de medios monetarios, se hizo más difícil, en función del ritmo de crecimiento del parque inmobiliario.

Ahora bien, muchas de estas ciudades recibieron inversiones productivas que, en el ánimo de los planificadores, estaban destinadas inicialmente a utilizar y, a la vez, fijar esta fuerza de trabajo nada o poco cualificada. Las nuevas actividades y las inducidas por su propia demanda, las nuevas necesidades de asalariados regulares y el cambio de escala resultante para estos organismos urbanos en materia de servicios públicos (correos, telecomunicaciones, transportes, enseñanza, sanidad) y de administración, hicieron necesario recurrir a una población exógena para lo esencial de las funciones de dirección. Éstas, en su mayor parte, fueron difundidas por las metrópolis que monopolizaban hasta entonces su empleo y su formación. Pero, a menudo, las exigencias de las obras de las infraestructuras de producción y las de las viviendas de acompañamiento superaron, como se verá más adelante, las disponibilidades de fuerza de trabajo presente y obligaron, asimismo, a recurrir a obreros no cualificados de la construcción reclutados en los campos vecinos.

El problema de estas ciudades es, pues, la falta de adecuación de las condiciones de las viviendas a los ingresos, que ha impuesto que se diera prioridad al personal de dirección, a expensas de los residentes peor dotados —aunque alcanzaran el rango de asalariados fijos—, y al mantenimiento en su residencia anterior, rural, cuando no localizada en otra ciudad alejada, de los tra-

bajadores regionales, obligados a migraciones pendulares, en la medida en que no querían o no podían conformarse con el hábitat precario de otra época.

II DOS GENERACIONES DE CIUDADES POSTERIORES A LA INDEPENDENCIA

La independencia aceleró la urbanización, sustituyendo en gran medida el «engorde humano» de un número limitado de ciudades preexistentes, en su mayor parte promovidas a ciudades «medias» o «grandes», por el nacimiento de nuevas y numerosas unidades urbanas. El tercio de siglo transcurrido ha bastado para que se sucedan dos generaciones, definidas por *dos órdenes de causalidades, dos series de modalidades*, que conducen, en suma, a *dos estructuraciones sociales diferentes*. Tienen la característica común de seguir siendo, en su mayor parte, pequeñas ciudades de dominante monofuncional, sin haber dejado por ello de absorber el grueso de los flujos migratorios responsables del aumento de la tasa de urbanización, y de haberse urbanizado, al ritmo de más de un centenar por decenio, al mismo tiempo que un número comparable de otras localidades que crecían a un ritmo a menudo más rápido y según el mismo modelo sólo conseguían hacerlo «potencialmente» para el período siguiente.

La primera de estas generaciones añadió a las 90 ciudades heredadas otro centenar de centros que adquirieron un claro carácter urbano entre los censos de 1966 y 1977, y otros pocos provistos de funciones que reclamaban una urbanización rápida. Esencialmente, se trata de localidades escogidas en el marco de la planificación por los poderes públicos o las empresas por ellos instituidas, en el ámbito de la nación, la *wilaya* o el municipio, para la implantación de actividades, generalmente industriales y otras veces extractivas, termales o turísticas. En este caso, al contrario que en el período precedente, *el empleo precedió a la vivienda*, en la medida que su oferta superaba con creces a la demanda local. Esto es válido, en efecto, para los empleos productivos simples, ocupados generalmente durante la fase de construcción y a menudo conservados tras la entrada en producción por habitantes que siguen siendo rurales o reclutados en un entorno que mantiene el carácter rural. Y aún lo es más para los empleos profesionales y, sobre todo, técnicos y de gestión, cuyos titulares fueron alojados en las ciudades preexistentes, ya fueran reclutados en ellas o procedieran de las metrópolis, así como para

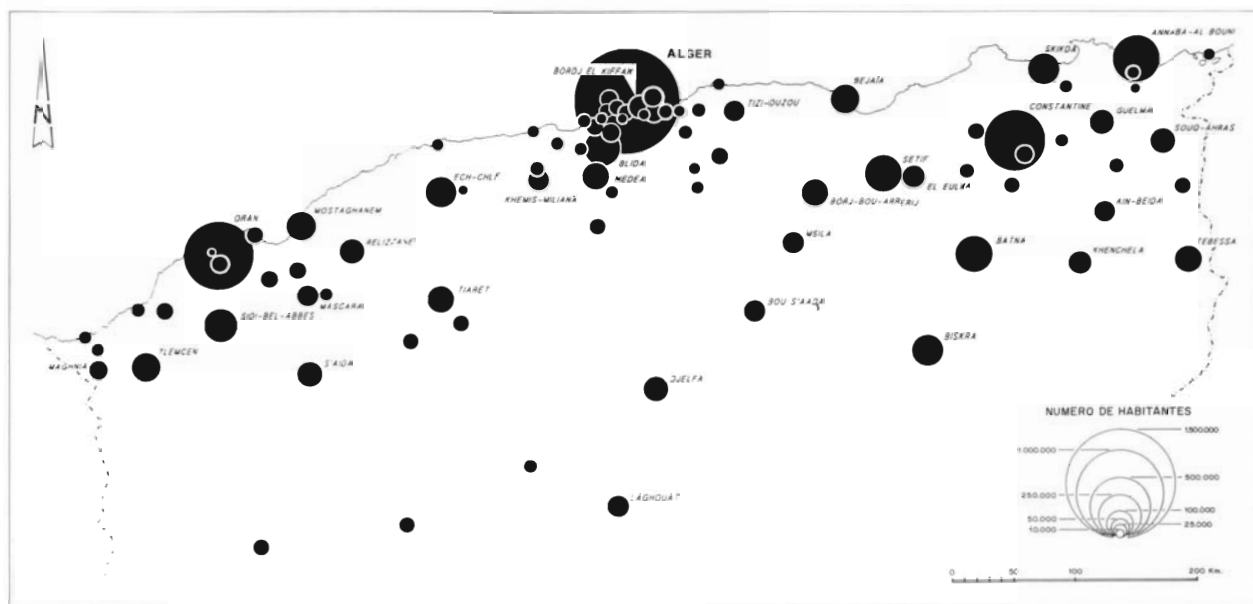


FIG. 2. Las ciudades heredadas. Por razones de espacio no figuran los núcleos más meridionales; sólo se han rotulado los núcleos de más de 50.000 habitantes.

muchos de los trabajadores de los servicios inducidos, al menos hasta tanto no se les ofrece la posibilidad de residir *in situ* en la medida de su promoción.

También aquí, durante períodos más o menos largos, el problema se resolvió con *migraciones pendulares* cotidianas (a veces semanales) mientras no hubo un hábitat social para los trabajadores residentes en gran número en el campo vecino, donde el paro era así reabsorbido, o un hábitat personalizado, en particular, para el personal directivo residente en las ciudades preexistentes. De éstas venían también obreros que con frecuencia seguían acumulándose en ellas en exceso. Así se cruzaban a veces los vehículos de recogida de las unidades implantadas en las viejas ciudades y, con los coches de los directivos de éstas, los de las empresas de las aglomeraciones ahora urbanas.

Todo el período de gestación urbana tenía, pues, que resultar en una fase localmente agravada de la «crisis» de la vivienda, que de hecho es un déficit permanente, inicialmente heredado, pero erigido en cada vez más consciente.

La segunda generación de ciudades de la independencia comprende también un centenar de aglomeraciones que accedieron a las características estadísticas urbanas entre los censos de 1977 y 1987 y, sin lugar a dudas, a otras tantas de los mismos tipos genéticos que seguían siendo «infraurbanas» en la última fecha, pero que en su mayor parte han traspasado después el um-

bral. Su rasgo común, además de los que comenzaron a configurarse en el período precedente —siendo todavía infraurbanas— por los factores antes definidos, es el de haber nacido antes que nada como lugar de residencia, independientemente de toda implantación de nueva inversión productiva importante, y en condiciones de desdibujamiento de la presencia del Estado.

Pero las *formas* de hábitat, como las *funciones* de los centros y de sus hábitats, y los *tipos de localización* pueden diferenciarse en función del contexto económico y social de su génesis. Algunos de estos aglomerados son simples concentraciones de rurales en parcelaciones agrupadas en torno a servicios, sin llegar a despojar a



FIG. 3. SETIF (1992): La periferia de 1958-60 irónicamente bautizada «Tandja» (Tánger), con su aspecto poco cambiado.

todos completamente de sus lazos con la tierra, ni proporcionar a todos un empleo no agrícola (o empleo alguno; se trata entonces de un sucedáneo del éxodo rural, de radio limitado). Un caso particular es el de la fijación, por medio de estas parcelaciones y de estos servicios, de nómadas o de seminómadas *ex-nihilo* (Zoui) o transplantándolos a un centro colonial (Bouktoub), o en el emplazamiento de un zoco rural semanal promovido a «aglomeración de carretera» (Selmane por ejemplo). Otros casos particulares son la conexión mediante el establecimiento de servicios entre lugares de hábitat rural denso ya existentes, así coordinados (Hammam Del'aa por ejemplo), o la reurbanización de antiguas *medinat* marginalizadas en la época colonial (por ejemplo Bordj Zemmoura).

Otros han surgido en el entorno inmediato de una ciudad, sea por la salida de ésta de categorías de población socialmente definidas por la naturaleza de la acogida y el tipo de viviendas y servicios ofrecidos (así, cerca de Guelma, los conjuntos de inmuebles colectivos de Beljeïr y los chalets e «inmuebles familiares» de Heliópolis), sea de la intercepción de migrantes antes de su llegada a la ciudad, a menudo combinada con la concentración de expulsados de los barrios precarios de 1984, especialmente alrededor de las metrópolis. Se trata entonces del fruto de una desconcentración selectiva, generadora de una segregación social entre nuevos privilegiados y marginalizados.

III

UN CRECIMIENTO DEMOGRÁFICO LIGADO SOBRE TODO A LAS NUEVAS URBANIZACIONES

En 1987, año del último censo, las 96 ciudades existentes al advenimiento de la independencia, incluidas las aglomeraciones metropolitanas intermunicipales, sólo representaban el 74% de la población urbana total, excluidas las localidades «infraurbanas»: unos 8.268.000 habitantes de un total de 11.330.000 que, a su vez, suponían cerca de 49 de cada 100 argelinos. Reunían, así, alrededor del 36% de la población argelina, una proporción muy próxima a la registrada por el censo de 1966, el primero confeccionado después de la independencia (34%, con 3,9 millones de un total de 11,7), e incluso de la del censo colonial de comienzos de la guerra de independencia, incluida la población colonial (30%, con 2,5 millones de habitantes). *Por consiguiente, no es la afluencia a estas ciudades preexistentes la que ha deter-*

minado el crecimiento urbano. Y todavía menos si se excluye de su crecimiento a unos 250.000 habitantes de las periferias de Argel, Orán y Annaba absorbidas por la extensión espacial de estas metrópolis o surgidas en sus zonas de expansión, que hace treinta años no pertenecían a sus aglomeraciones y que participan de la nueva urbanogénesis.

Así, globalmente considerado, el crecimiento de estas ciudades heredadas no ha sido en absoluto más rápido que el del conjunto del país. Ha tenido lugar a una tasa media del 3,3% anual, y ha sido algo más rápido después de 1977 que antes (al 3,5% en lugar del 3,1%), mientras que para el conjunto de Argelia la tasa de crecimiento era del 3,2%. Este crecimiento relativamente débil no impide que en 1987 este conjunto heredado se componga sólo de grandes ciudades: además de las tres metrópolis litorales citadas, que suman más de 2,5 millones de habitantes (cerca de la cuarta parte de los urbanos y de un tercio de los de estas ciudades heredadas) y 3,1 millones (27% de los urbanos) con sus respectivas periferias, en parte de génesis reciente, como se ha visto, la metrópolis interior de Constantina (440.000 habitantes) y otras doce ciudades de más de 100.000 habitantes, tres litorales y nueve interiores, reúnen, sin sus nuevas proyecciones externas, 2.237.000 habitantes, 22% de los urbanos y 27% del grupo. Más aún: diez de estas dieciséis grandes urbes son ciudades históricas, de origen anterior a la dominación francesa y que a veces se remonta a la Antigüedad, con una población total de 3,7 millones de habitantes (120.000 en 1830).

Pero son también los estratos que han engordado menos desde 1966. El grupo de las metrópolis portuarias no ha llegado a duplicar sus efectivos, pasando de 1,6 a 3,1 millones de habitantes, a un ritmo sensiblemente igual al del conjunto del país (3,2%), pero notablemente más lento después de 1977 (1,4% frente al 3,4% anterior) y que lo sería aún más sin las periferias absorbidas. De un período a otro, el crecimiento de la aglomeración annabí cae del 5 al 3% anual, el de la aglomeración oranés del 4 al 2, el del «Gran Argel», sin sus periferias, del 3,4 al 0,9. La razón radica en que estas ciudades han constituido la reserva de personal cualificado, concretamente de técnicos, difundido por el interior con la industria desde comienzos de los años 70 y con los servicios a partir de 1980, y, a la vez, las iniciadoras de la planificación familiar, habiendo protagonizado, paralelamente a un retroceso más rápido de la mortalidad (de 16 a 5 por 1.000), un control más precoz (desde 1972) de la fecundidad y la natalidad, cuya tasa media era todavía del 4,8% en 1966, para caer a menos del 2,4% en

Orán y Argel en 1991 por las razones que se verá más adelante. A ello se añade una descongestión en sus periferias rurales (KHIAR, 1991), en especial en los años 80.

En el otro extremo, las otras ciudades «heredadas» que crecieron menos son las que no pasaban de 50.000 habitantes en 1987 (57, casi 3/5 del conjunto). Las 17 que seguían teniendo menos de 25.000 (ocho de ellas precoloniales) crecieron a una tasa media en un principio limitada por un éxodo a +2,5% anual hasta 1977 y después, a menudo, impulsadas a su vez por el aporte exterior (3,9%/año). Las de 25.000 a 50.000, sometidas a un éxodo inicial todavía más marcado (con un incremento de +1,2% hasta 1977), conocieron después aportes menos abundantes (tasa: +3,4%). Las 23 ciudades «heredadas» que se sitúan entre los 50.000 y los 100.000 habitantes, así como aquéllas exteriores a las metrópolis que superan este techo, deben su población más numerosa principalmente a los aportes recibidos en el período, que explican la constancia media de las primeras a una tasa de crecimiento cercana a +4,5% anual, y el auge de las segundas, sobre todo después de 1977, año en el que la tasa media pasa de +3,7 a +5,4%, a pesar de la acentuación del retroceso de la natalidad. En la mayor parte de los casos, se trata de aglomeraciones nacidas en la época colonial, inicialmente concebidas como ciudades o que alcanzaron este rango.

También la situación geográfica diferencia los ritmos de crecimiento de las ciudades de esta generación. Aparte las tres mayores, las otras trece ciudades litorales tampoco tuvieron un crecimiento medio más rápido, con una tasa media de +3,5% anual para las cuatro de creación colonial y un ritmo decreciente análogo, y de 3,2% para las nueve precoloniales que, al contrario, languidecen hasta 1977 (+2,3%) antes de despertar los aportes migratorios (+3,5% anual de 1977 a 1987). El conjunto heredado del Tell interior conoce, desde 1977, un empuje en promedio más acentuado de sus 31 creaciones coloniales, con una tasa de crecimiento que pasa de 3,2 a 4,2% e implica la llegada de aporte migratorio, mientras que sus doce ciudades más antiguas (entre ellas Constantina) mantienen constantemente una media de +3%.

Sólo en las Altiplanicies y en el Sáhara las ciudades «heredadas» con la independencia conocen, casi sin excepción, un crecimiento ligado a un excedente migratorio, generalmente acentuado en el período 1977-1987, ya sea el hecho urbano de origen colonial o precolonial, como sucede en siete de las ocho ciudades saharianas (con la única salvedad de Bechar), aunque solamente en Bou-S'aada y Msila entre las de la estepa. La tasa media de las diez ciudades «heredadas» de las Altiplanicies

constantinesas, todas ellas coloniales y entre las cuales dos (Setif y Batna) superan los 100.000 habitantes y otras cuatro los 50.000, se mantiene constantemente próxima de +4% anual; la de las tres del Sersou (+5%) sube de 3,9 a 5,6% y la de las dos ciudades precoloniales del Hodna pasa de +5,2 a +5,6% anual. Más aún, las cinco ciudades precoloniales de la estepa argelo-oranesa registran paralelamente un aumento de su tasa media de crecimiento de +5,6 a +6,9% anual (6,3% en veinte años). Por el contrario, en el Sáhara, salvo en Bechar, única creación colonial, con una población que supera los 100.000 habitantes en 1987 y una tasa que sube de +2,6 a +6,5% después de 1977, el crecimiento, aun siendo rápido, tiende a moderarse en las siete ciudades precoloniales, todas, con una sola excepción, de más de 50.000 habitantes (y Biskra de más de 100.000).

Así, las mayores de estas ciudades «heredadas», las más estructuradas al final del período colonial, situadas en las regiones agrícolas más comerciales de la época, y las más sometidas al éxodo rural de la desposesión y de la mecanización y, después, del «reagrupamiento» represivo de los años 1954-1962 y de la ocupación de las viviendas coloniales, son, con las pequeñas ciudades poco reestructuradas de estas regiones, las que recibieron cada vez menos aportes nuevos, cuando no redistribuyeron parte de sus habitantes por las otras ciudades. Por el contrario, los pequeños centros de las zonas hasta entonces más marginalizadas recibieron un aflujo tanto más creciente cuanto menos accesibles eran estas zonas, menor en la estepa y el Sáhara que en las Altiplanicies cultivadas; hasta el punto de que muchos de ellos se convirtieron en ciudades medias e incluso en «pequeñas grandes ciudades». Como se verá más adelante, este desfase en el tiempo tiene que ver con *una difusión progresiva de actividades nuevas que, en esta ocasión, preceden al poblamiento*. Es esta difusión (que explica también un crecimiento particular de las ciudades en las zonas montañosas del Tell) la que asimismo desencadenó las nuevas urbanizaciones de los años 1960-1970.

El crecimiento global más rápido afecta a las 102 aglomeraciones urbanizadas entre 1966 y 1977, así como a las nueve que este último año eran clasificadas como ciudades «potenciales», que no habían alcanzado los criterios exigidos a las ciudades en Argelia, aunque, con la excepción de una de ellas, lo harán después: un promedio de +6,7% anual para las primeras y de +6,9% para las segundas en los diez años que preceden a 1987. Esta tasa media tan elevada, que sucede a otra también más alta que la de las ciudades heredadas (+4,4% entre 1966 y 1977) —aunque no en el caso de las ciudades

«potenciales» (+3,1%)—, refleja un cambio de los procesos que se inicia en el período intercensal 1966-1977 y hace pasar a estas aglomeraciones de una fase de déficit migratorio (todavía patente antes de 1977 en las ciudades «potenciales») a una fase excedentaria, común a los dos grupos después de esta fecha. Se verá más adelante que este salto corresponde al *paso del rural profundo al urbano funcional*, incluso si las formas y el hábitat urbano no se hacen siempre presentes inmediatamente; estamos ante un *orden inverso al colonial*, donde el éxodo rural llevaba a una población que creaba un hábitat inmediato, aun precario, antes o sin la existencia de una función urbana.

En 1987, los 1.795.000 habitantes de estas 102 ciudades y los 61.600 de las 9 ciudades «potenciales» de 1977 sumaban, respectivamente, 16 y 0,5% de la población urbana total del país. Diez años antes no significaban más que 12,9 y 0,4%, la misma proporción que en 1966 con respecto al conjunto que formaban con la población urbana de la fecha. Lo que confirma el carácter reciente e inacabado de esta urbanización en 1977. La población media de estas ciudades, que entonces no pasaba de 9.600 habitantes (3.520 en las ciudades «potenciales»), tras subir desde los 5.940 (y 2.510) de 1966, pasará a 17.500 (y 6.700) en 1987. Es decir, que el «transplante» urbano había tomado cuerpo y que algunas de estas ciudades se habían erigido ya en «medias». Dos de ellas tienen más de 50.000 habitantes en 1987 (Barika, en el Hodna, y Reghaia, al borde de la Z.I. de Argel) y veinte más de 25.000, sobre todo ciudades de las Altiplanicies (5 en la estepa argelo-oranesa y el Hodna, tres en el sur de las Altiplanicies constantinesas, otras tantas en los Ziban y el piedemonte auresiano y 4 en pleno Sáhara), aparte de las periferias de Argel y Constantina y la Kabylia (Akbou). En 1987, sólo diecisiete de estas ciudades (una de cada seis) no habían alcanzado los 10.000 habitantes: 3 en Kabylia, otras tantas en el Sáhara, 4 en las periferias de Orán, Mostaganem y Blida y algunos centros extractivos, termales y de industrias monoespecializadas; entre todas sólo sumaban uno de cada quince de sus habitantes (131.000).

Tres de cada cinco ciudades de esta edad (63) se situaban, en la misma fecha, entre 10.000 y 25.000 habitantes, reuniendo más de la mitad de los efectivos del grupo (925.000): constituyen así, con el estrato más bajo, lo esencial de la malla urbana de base de las regiones más excéntricas: 17 de ellas, en el Sáhara, constituyen, con Timimoun y 12 localidades urbanizadas posteriormente, los dos tercios de los pequeños centros de la zona; con sus 350.000 almas (dos veces su población de

1977 y tres veces la de 1966), superan el 70% de los habitantes del estrato. En las estepas argelo-oranesas y el Hodna, tres de ellas se integran en un dispositivo de base con las nueve urbanizadas más recientemente, mientras que las otras siete forman ya la jerarquía de ciudades medias con otras tantas más antiguas que reúnen la mitad de los urbanos de la zona. Las diez juntas totalizan el 40% de la población urbana de la zona, frente a sólo un 10% en las más recientes. Aunque dos veces menos numerosas que éstas últimas en las Altiplanicies constantinesas y el Sersou, son, en el interior de estos estratos, dos veces más pobladas en promedio y se reparten una población semejante (algo más de 220.000 habitantes), en tanto que las ciudades «heredadas» conforman, con Oum-el-Bouaghi, el estrato inmediatamente superior. De hecho, es en estas tres zonas (Sáhara y Altiplanicies del este y del oeste) donde las tasas de crecimiento de las ciudades de esta génesis han sido más fuertes: respectivamente, 5,2, 6,2 y 6,9% a lo largo de veinte años, excedentarias ya desde antes de 1977, pero con un aumento desde entonces por encima del 7% anual.

Cerca de un tercio de las nuevas ciudades detectadas en 1977 (31), con un poco más de la cuarta parte de su población de 1987 (497.000 almas, esto es 16.000 en promedio) nacieron en las llanuras y colinas litorales del Tell, cuando no en la misma costa, a la que, al margen de algunas de las periferias de Argel, Orán o Annaba (Boumerdes, Fouka, Ain-el-Turk, El Hadjar), pocas estaban ligadas. Su tasa de crecimiento (+5,2% anual) se aproxima a la media de las ciudades aparecidas entonces, siguiendo una periodización parecida (+4% antes de 1977 y +6,6% después). Con la excepción de Reghaia, también en este caso se trata de una malla intersticial de unidades de menos de 25.000 habitantes en 1987, raras en el stock urbano heredado, y menos numerosas (26) y de menor tamaño (7.400 almas en promedio) que otras aglomeraciones promovidas a ciudades en 1987. Pero, tanto en 1977 como en 1987, se trata, sobre todo, de proyecciones a partir de los grandes centros litorales, aunque aquí sea más por actividades especializadas, y más tarde de servicio y descongestión de las poblaciones.

Sólo en el Tell interior las ciudades de génesis posterior han estrechado la malla de modo más evidente: las de 1977 no pasan de la treintena, con 326.000 habitantes (18% de los de las ciudades de esta generación), todas ellas comprendidas en estos estratos inferiores, con las excepciones de Ain-Defla en el Chelif y la periferia constantinesa del Hamma-Bouziiane, frente a 68 apareci-

das en 1987, con 590.000 habitantes, la mitad del total de la última promoción. Apenas son más populosas en promedio que estas últimas, con 11.200 almas por localidad, frente a 8.600, y han crecido menos rápidamente, a una tasa (+4,5% al año) que, pese a todo, implica un excedente migratorio, más acusado después de 1977 (+5,6%) que antes (+3,8%). Al menos el papel urbanógeno de esta fase aparece *más acentuado en zonas montañosas*, en particular en el Djurdjura y en los Babor, hasta entonces exclusivamente rurales, pero también en el Ouarsenis, en el Dahra (con la «reurbanización» de la ciudad histórica de Mazouna) y en el Tell oranés: 14 de las 29 génesis del Tell interior se sitúan en este medio, conducido de este modo a la integración, con la mitad (162.000) de los habitantes de estas ciudades de la zona y una tasa de crecimiento (+3,9% antes de 1977 y +6% después) más alta que en el llano.

A esta altura, interesa señalar que 31 de las ciudades aparecidas en 1977 nacieron en lugares de creación, por intervención del sector público, de *establecimientos industriales* y, en algunos casos, termales (Hammam-Bou-Hanifia) que movilizaron a un personal que representa una parte importante de los activos locales: a menudo superior a la totalidad de los ocupados en 1966 y a veces similar al conjunto de los ocupados en 1977 (como en el núcleo petrolero de Hassi Messaoud) o incluso más numeroso, como en Ain-el-Kebira, y en la pequeña ciudad «heredada» de Berrouaghia. Estas ciudades aparecieron tanto en la periferia más o menos próxima de las metrópolis litorales del Tell (9, de las que 5 en torno a Argel, 2 junto a Orán y 1 en las proximidades de Annaba), como en el Tell interior (a veces próximas de zonas industriales vinculadas a ciudades «heredadas») (12), entre las cuales varias en zonas montañosas (Ain-el Kebira, Boug'aa, Boghni, Jerrata, etc.); tanto en las inmediaciones de los yacimientos de petróleo saharianos como de los yacimientos mineros y canteras de las zonas atlásicas (Ain Touta) o del mismo Tell. La tasa de crecimiento de estas entidades (+5,5% en veinte años, pasando de +4,4% anual antes de 1977 a +6,5% después), algo superior al promedio nacional de la categoría, y superior en todas las zonas a los respectivos promedios generales, sugiere el papel motor de estas creaciones. Hay que hacer notar que la aceleración del crecimiento es posterior a la implantación de estas unidades industriales, para hacer explícitas las modalidades de este desfase.

Las aglomeraciones urbanizadas entre 1977 y 1987, cuya génesis se acaba de evocar por comparación con las de la promoción precedente, son aún más numerosas

que estas últimas: 133, pero en 1987 sólo reunían 1.166.000 habitantes, es decir 10% de la población urbana recogida por el censo, y un promedio de apenas 8.800 por ciudad. Las localidades, en número sensiblemente equivalente, con características estadísticas muy próximas, en términos de población total y activa, de la definición argelina de ciudades¹, aunque sin sobrepasar los límites de las *infraurbanas* (PRENANT y SEMMOUD, 1992), sumaban unos 742.000 habitantes —excluidas las «ciudades rurales», con más de un cuarto de activos agrícolas—, es decir, menos de 6.000 almas por localidad, en promedio. Añadiendo a la población urbana del país el 6,7% de sus efectivos, representado por estas entidades (3,25% de la población total), el total urbano superaría el 52%.

Para el conjunto de los veintidós años que preceden al censo de 1987, la tasa anual media de crecimiento de las 133 localidades que habían alcanzado los criterios estadísticos urbanos no supera 4,8%, inferior a la de una población urbana (5%) contabilizada primero en menos de 100, luego en más de 200 y finalmente en unos 350 municipios. Aún siendo superior, en promedio, a la tasa de crecimiento natural y expresando, por tanto, un excedente migratorio global, esta tasa ha quedado por debajo de la de las localidades que alcanzaron el rango urbano desde 1977, no solamente hasta esta fecha (3,8% frente a 4,4), sino incluso después (5,5% frente a 6,7). Este retraso traduce la *persistencia de un déficit relativo global de urbanidad* y de factores de urbanidad, que comparten con las 139 localidades de tipos estructurales vecinos que seguían siendo *infraurbanas* en 1987. La tasa anual global de estas últimas (+4,9%) era muy parecida y, al igual que su aumento después de 1977 (+6,2%, frente al 3,6% anterior), traduce un *despegue más tardío* del proceso, a la vez que su *constancia*. De 1966 a 1977 y 1987, existe un paralelismo muy notable entre el aumento de la población total de las localidades «*infraurbanas*» (de 267.000 a 395.000 y 742.000 habitantes, respectivamente) y el de las ciudades de la misma génesis (de 448.700 a 673.000 —todavía «*rurales*»— y 1.166.700).

La *distribución regional* de estos dos estratos contemporáneos es también muy parecida: el Tell interior concentra el 51% de las ciudades y el 53% de las aglomeraciones *infraurbanas*, cuando sólo abarcaba 28% de

¹ El censo de 1966 consideraba urbana o semiurbana toda aglomeración de más de 5.000 habitantes, con al menos 1.000 activos no agrícolas ocupados, que representarían un mínimo del 75% de los activos ocupados.



FIG. 4. TLEMCEM (1992): Detrás del barrio de Boudghen (precario, de 1945-1962), mejorado después, y las murallas de Mansoura (siglo XIV), los conjuntos residenciales de los años 80.

las ciudades de 1977, aunque el 44% de las heredadas en 1966. Un 18% (25) surgieron en las montañas de esta zona, donde residen 225.000 habitantes, 19,3% de los del nuevo estrato urbano, así como 34% de las aglomeraciones «infraurbanas» (47) y de sus habitantes (251.000), frente al 14% de las ciudades de 1977 (14), con 9% de sus habitantes (162.000), y 14% de las ciudades «heredadas» en el momento de la independencia y de sus habitantes (1.118.000).

Por el contrario, la importancia relativa de las *littorales* es menor para estos dos estratos de 1987 — 20 y 23% de las localidades (26 y 32), con apenas 16,7 y 19% de sus habitantes (193.600 y 142.000)— que en la generación urbana de 1977 —alrededor del 29% de las ciudades (31) y de sus habitantes (497.000)—, y sobre todo que en la «herencia» precolonial y colonial — 12 y 4 ciudades: 17% del total, pero 38% de sus 3 millones de habitantes, excluidas las proyecciones recientes de las metrópolis—. Las aglomeraciones de los dos estratos de 1987 y las de 1977 de las *Altiplanicies cereales* del este y del Sersou son proporcionalmente menos numerosas —respectivamente 16, 12 y 13% (22, 16 y 13 aglomeraciones)— que las heredadas casi exclusivamente del sistema colonial —22, es decir el 23%—, pero los tres conjuntos resultan relativamente más populosos —con 18,5%, 11,5% y 13% de los habitantes de sus estratos (respectivamente 216.000, 84.000 y 229.000)— que las ciudades heredadas —con sus 902.000 habitant-

tes, 11% del estrato—. En las estepas argelo-oranesas y en el Sáhara la población media de las ciudades nacientes y de las entidades «infraurbanas» es también más elevada que en el estrato heredado, sobre todo precolonial: en la estepa, es del 8% de los habitantes (90.000) de las ciudades (9) y del 12% (85.000) de los de las 16 localidades «infraurbanas» (12%), frente al 16,6% de los habitantes (304.000) en el 10% de ciudades (10) nacidas en 1977 y a sólo el 3% de los habitantes (254.000) del 8% de ciudades «heredadas» (8). En el Sáhara, los datos correspondientes son del 12% de los urbanos (137.500) y 9% de los infraurbanos (68.500) en el 9% de localidades de cada uno de estos dos estratos (12 y 12), frente al 20% de habitantes (349.000) en las 17 ciudades (16,6%) nacidas en 1977, y al escueto 7,5% (511.000) de los de las 8 ciudades «heredadas», todas ellas precoloniales excepto Bechar.

Todas estas evoluciones relativas subrayan la prolongación de la *tendencia a la difusión* urbana fuera de las concentraciones litorales y de los mercados cereales de la época colonial, manifiesta desde 1977, pero realizada ahora *prioritariamente en el Tell interior*, y sobre todo por *retención en las zonas montañosas*. Las tasas de crecimiento muy mediocres, entre 1966 y 1977, de las futuras ciudades y aglomeraciones «infraurbanas» de 1987 —4,1% y 3,45% anual, respectivamente, en zona montañosa, y 3,5% y 3,75% en valles y colinas— seguían quedando generalmente por debajo de los de la



FIG. 5. SETIF (1992): Un «inmueble familiar» burgués en la descongestión de Tlidjen (ciudad heredada).



FIG. 6. TLEMCEM (1992): Ensanches acomodados de la herencia urbana, aquí precolonial: el nuevo Mansoura.

generación urbana de 1977, similares a las tasas globales de ambos estratos. La aceleración de su crecimiento después de 1977 —que llega a situarse en 5,6 y 6,8%, respectivamente, en medio montañoso, y en 5,6 y 5,8% en el resto del Tell interior— supera a la del conjunto del país en lo que respecta al nivel infraurbano.

Este reparto está relacionado con un *papel disminuido de la industria en el proceso de urbanización*, a uno y otro lado del límite estadístico urbano, con respecto al período que precede a la modificación de su campo de implantación regional. Sólo 27 «neociudades» de 1987, 17% del total —y en sólo 23 municipios—, con una población global de 221.400 almas, 19% del total de este estrato (es decir, algo más que su promedio), están más o menos vinculadas a su aparición, frente a casi la tercera parte (31 de 102) con 27,3% de los habitantes de las nuevas urbanizaciones de 1977. En el medio infraurbano, sólo 20 aglomeraciones —14,4% del estrato— tienen alguna relación con la industria, con apenas el 8% de sus habitantes (90.000). El retroceso del factor industrial aparece menos claro en las áreas litorales, donde sigue estando presente en el 19% de las ciudades, con el 36% de su población —cifras comparables al 17% de las ciudades de 1977, con 39% de sus habitantes—, aunque está más acentuado a escala infraurbana, en la que sólo cuenta en 12% de las localidades y de su población. Si el retraso de la difusión de la industria hacia el sur se acompaña de un menor retroceso de este factor en el Sáhara, la estepa e incluso en la vertiente sur del Tell o en las Altiplanicies cercaleras (en Dahmouni o Meskiana, en la cota urbana, o en Bouchekif, Ain el-Hadjar, Seriana o El-Mâ-el-Abiodh, en el nivel inferior), es a causa de la lentitud de las realizaciones, no de una prolongación de las creaciones durante los años 80.

IV

UNOS PERFILES SOCIALES DIFERENCIADOS POR LA HISTORIA

En la última fase, pues, la intervención urbanógena de la industria es *una supervivencia*, bien vinculada a intervenciones tardías, bien, sobre todo, a *la instalación junto al lugar de trabajo de la población asalariada* hasta entonces obligada, en proporciones variables, a migraciones pendulares, así como de los servicios reclamados por su presencia. A partir de este momento, el papel dominante en la urbanogénesis recae en *el acceso a la vivienda (y, más aún, a su propiedad), a los servicios y equipamientos públicos* —escuela, instituto, hospital, dispensario o maternidad, correos, telecomunicaciones, agua corriente, gas, electricidad— y a los comercios; inicialmente públicos y privados y después privados.

Volvemos a encontrar aquí *motivaciones independientes del acceso prioritario al empleo*, como eran las del éxodo rural del final de la era colonial. La diferencia ahora es que *actúan sobre una sociedad diferenciada*, en vías de jerarquización creciente desde la década de los 80, y que determinan no tanto migraciones hacia las ciudades, sobre todo grandes, y a larga distancia, sino, más bien, *concentraciones de proximidad* ya sea hacia la aldea o el pueblo más cercano, dotados de estos servicios, ya simplemente el paso de la dispersión, cuando no del nomadismo, a la aglomeración dotada de viviendas y servicios. No se trata, pues, de retorno al hacinamiento periurbano en hábitat precario de una población rural uniformemente marginalizada, sino, al contrario, de una *diferenciación* marcada la mayoría de las veces por una *distensión* de la célula de base, cuya desigualdad en función de los contrastes sociales multiplica los tipos. Estas

motivaciones, responsables de la génesis de la mayor parte de las aglomeraciones nuevas de 1987, especialmente de las «infraurbanas», se interfieren con el pasado en las ciudades preexistentes, más en las «heredadas» que en las aparecidas antes de 1977: más allá de su desconcentración, pueden acabar provocando su *estallido parcial en proyecciones socialmente opuestas*.

La urbanización reciente es, en efecto, *imperfecta*, tanto en el nivel urbano como en el infraurbano de la última década: la debilidad relativa del empleo «formal» que la caracteriza traduce, más que un estado inacabado, la *marginalización de los neoaglomerados*. Las tasas de ocupación en 1987, muy próximas en ambos estratos, subrayan a la vez su equivalencia a ambos lados del límite estadístico, tanto para Argelia entera como para cada uno de sus medios naturales. Estas tasas, aunque notablemente superiores a las del conjunto de las zonas rurales en lo que hace a la actividad general (18,5 y 17,55 activos por 100 residentes urbanos e infraurbanos, respectivamente, frente a 16,3 por 100 rurales), no dejan de estar apenas al nivel de la media argelina (18,33) y muy por debajo de las de las ciudades «heredadas» (21,1) o aparecidas antes de 1977 (20,9). Lo que se refuerza en el caso de los sectores no agrícolas: cuando apenas uno de cada diez rurales realizan su actividad en ellos, encontramos un 14,9% de los infraurbanos y un 16,6% de los neurbanos de 1987, por el 19,2% de los urbanos de 1977 y el 20,15% de los de antes de 1966. Al mismo tiempo, 15 y 11% de ellos conservan una actividad agrí-

cola: menos, desde luego, que el 39% de los rurales que están en el mismo caso, pero bastantes más que el 8,2 y el 4,5% de los activos de las ciudades de antes de 1977 y 1966, respectivamente. Estas tasas traducen una incorporación de las mujeres al trabajo social mucho más restringida incluso que en las ciudades del decenio anterior: generalmente menos del 5% de las mujeres, frente a más del 10% antes.

No se trata, pues, *de un simple retraso* del acceso a la condición urbana, sino de un contexto diferente de este acceso. Este contexto es el del ensanchamiento de *una nueva ruptura social*, sensible tanto en el ámbito de ciertos tipos de regiones y de algunas categorías de localidades que «pasan al estado urbano» con sus características propias, como en el de los individuos y sus familias, según los factores de su integración, lograda o no, en la aglomeración.

Así, las tasas de empleo no agrícola disminuyen, en los ámbitos urbano e infraurbano del censo de 1987, desde los 18,75 y 20,15 por 100 residentes de sus tres ciudades y cinco entidades menores litorales a 17,4 y 16,8% en las 32 y 30 aglomeraciones de las llanuras litorales, 15,95 y 15,45% en las del Tell montañoso (42 y 54), 15,45 y 14,7% en las de las depresiones intratellianas (20 y 18), 15,15 y 13,2% en las saharianas (12 y 12), 14 y 14,6% en las de las Altiplanicies cerealeras de la región constantinesa y del Sersou (17 y 14), y 12,1 y 12,8% en las de la estepa atlásica, argelo-oranesa y hodieana (14 y 13). Es verdad que esta jerarquía zonal no



FIG. 7. AIN KEBIRA (1992): Industrialización de 1978. Los grandes conjuntos residenciales. En primer plano el Centro de Formación Profesional.

difiere en absoluto de la de las generaciones urbanas anteriores, aunque las distancias se agrandan entre las entidades menos y más activas, de 1 a 1,66 en lugar de 1 a 1,5, para las ciudades de 1977 y de 1 a 1,3 para las anteriores. Pero se aparta de ella por el peso incrementado del Tell montañoso en lo que atañe al número relativo de las localidades de esta generación (respectivamente 30 y 37%) y de sus habitantes (30 y 40%), respecto del que tiene para las ciudades aparecidas en 1977 (25%) o antes: aquí, como en la estepa, ocupan las situaciones más marginales. El lugar que ocupan en el mismo litoral es insignificante —con 3,5 y 2% de sus ciudades y 0,5 y 1,3% de sus habitantes— frente al de las ciudades heredadas y queda por debajo —aun siendo importante en las llanuras limítrofes— del que había correspondido, tanto aquí como en el Sáhara, a las ciudades nacidas antes de 1977. Y también son débiles, comparados con los de las ciudades «heredadas», su número y su población en las Altiplanicies cerealeras, donde la agricultura a gran escala fue hasta los años 70 el recurso esencial (12 y 10%, frente a 15%).

El *empleo agrícola* sigue siendo en todas partes más numeroso, sin que ello sirva para reequilibrar el empleo global. Y lo es particularmente en las regiones desfavorecidas, que escaparon a la influencia colonial y, por consiguiente, a la explotación colectiva, aunque no al éxodo rural: 11,5% (urbanos) y 14,9% (infraurbanos) de los activos neourbanitas de 1987 viven antes que nada de la tierra, frente a 8,2 y 4% de los de las ciudades de 1977 y anteriores. Pero en las montañas del Tell, sometidas a un largo declive, son el 10 y el 13,4%, frente a 7,6 y 3,9% en las dos generaciones urbanas más antiguas; y en la estepa, 12,5 y 10,5%, frente a 6,8 y 6,5%. Su peso relativo no es mayor en las regiones de agricultura comercial: presentes alrededor de los grandes puer-

tos (donde la agricultura ha sido casi enteramente excluida), son el 12 y el 16% de los activos de las llanuras litorales, frente a 8,5 y 6,7% de las ciudades más antiguas; el 16 y el 20% en los valles tellianos, frente a 10,3 y 6,2%; el 14 y el 16% en las Altiplanicies cerealeras, y el 18,2 y el 16,7% en los oasis saharianos, frente a 10,8 y 5,8%.

Pero se trata, en todo caso, de *actividad residual*. Según que subsistan o no en las distintas localidades, estos empleos agrícolas dejan la tasa de actividad total a un nivel próximo del de las ciudades anteriores. En algunos casos de crecimiento rápido, su escasez subraya un déficit a la medida de la hinchazón demográfica. Tasas de empleo no agrícola inferiores a 13,7% o de empleo global inferiores a 16,9% están ausentes de las localidades urbanas o infraurbanas del litoral o de las llanuras litorales. Tampoco se encuentran ya tasas inferiores a 13,1 y 16,1, respectivamente, en los valles interiores del Tell, ni a 12,5 y 13 en las Altiplanicies cerealeras. Por el contrario, dos grupos de aglomeraciones de esta fase se reparten montañas tellianas, estepa atlásica y el propio Sáhara: uno alcanza, como en las otras regiones, de 15 a 25% de activos no agrícolas y comprende, de un total de 12 ciudades de las montañas septentrionales del Tell, 4 provistas de industria; 4 de 8 en la vertiente meridional del Tell; 3 de 6 saharianas (entre las cuales Hassi-Rmel) y las dos de la estepa, de crecimiento lento. El otro incluye, en el Tell montañoso, particularmente en su vertiente meridional, 13 ciudades de 44 y 22 entidades infraurbanas de 54, en las que la tasa de empleo no agrícola cae a menos de 14% (y a 9,8% en Oum Toub, cerca de Collo); en la estepa, 9 de un total de 11 ciudades y 9 de las 13 localidades infraurbanas (8% en Mededjel); y en el Sáhara, 4 de 11 y 8 de 12 (8% en Reguiba-Souf), respectivamente.

Este grupo se compone esencialmente de centros originados por la fijación de nómadas o seminómadas (como Zoui, 11,6%, en el piedemonte norte del Aurés, o incluso Bouqtob, sobre el Chott-ech-Chergui, 14,6%, de la simple agrupación (en el piedemonte del Hodna: Magra, 11,2%; Berhoum, 14,5%; Selmane, 13,2%; todos ellos infraurbanos) o de la densificación, con aporte migratorio (como en Hammam-Del'aa (13,8%), al sur de los montes Biban). La aglomeración se produce en torno a servicios (administración, escuela, correos, dispensario y maternidad, farmacia, mezquita, *hammam*, sucursal bancaria y, en las «ciudades», liceo o incluso hospital); agrupa, a menudo alrededor de un eje comercial, parcelaciones de diversos niveles, casi siempre elementales. Los «neoaglomerados» suelen ser parados, gene-



FIG. 8. BERROUAGHIA (1977): Las 400 primeras viviendas colectivas de las 3.200 asociadas al complejo de material hidráulico.



FIG. 9. TOUNANE (1992):
Urbanización en 1987
cerca de Ghazaouet.
Fábrica y *trabendo*.

ralmente campesinos afectados por el estallido de las estructuras estatales o de las cooperativas después de 1984; en la estepa, muchos conservan su ganado y se ocupan estacionalmente de guardarlo y alimentarlo, como en Bouqtob, complementando actividades principales no agrícolas declaradas, a veces como «empresarios» cuyos ingresos se hacen cada vez más «informales». Las condiciones mismas de esta génesis exógena, a veces *ex-nihilo* como en Selmane (a partir de un zoco), implican un crecimiento acelerado (¿de hasta un 32% anual en Selmane!).

Pero en el grupo figuran también antiguas aldeas, a veces *medinat* o *qusur* precoloniales, simplemente activadas por estas implantaciones de administraciones y servicios, frecuentemente acompañadas por las de transportes públicos que permiten que sus subempleados puedan, sin emigrar, acceder al trabajo en las ciudades próximas mediante movimientos pendulares. El acceso al umbral de lo «urbano» favorecido por esta *reducción del déficit migratorio* (que persiste) se realiza a través de un crecimiento lento, inferior a la media nacional. Así, en los Biban, la antigua plaza fuerte beylical de Bordj-Zemmora, provista de hospital, instituto y parcelaciones, franquea el umbral, pero bajo la dependencia de Bordj-bou-Arreridj, adonde autobuses, taxis y coches particulares llevan a trabajar cada día, a 30 kilómetros, a unos 300 asalariados, alrededor de la cuarta parte de su 14.4% de activos, casi todos no agrícolas.

Muchas nebulosas de poblados kabyles también se han urbanizado por los servicios públicos y las parcelaciones, con 13 a 14% de activos casi exclusivamente no agrícolas, vinculados por el trabajo a Tizi-Ouzou, por ejemplo, ya sea porque la horticultura no haya subsistido más que como actividad secundaria familiar (con déficit demográfico), ya porque la residencia de los activos en la ciudad sea una simple proyección, determinante de la aceleración del crecimiento (en Beni-Douala, por ejemplo). Bien es cierto que este tipo de «urbanización» admite tasas de actividad más elevadas, cuando se mantiene la agricultura en posición marginal: 16,9% en El Bordj, en la zona montañosa al norte de Mascara.

Sin embargo, *la mayor parte de las urbanizaciones recientes con elevada tasa de actividad son resultados diferidos de la industrialización*, ya sea porque hayan acompañado a las últimas inversiones hasta comienzos de los años 80, bien porque el hábitat sólo se sumara tras una implantación anterior, bien (y a menudo al mismo tiempo) como consecuencia del ensanche y la desconcentración de las ciudades preexistentes, ya industrializadas.

Las primeras, vinculadas a la culminación de equipamientos industriales en los años 80, se sitúan sobre todo en las montañas tellianas, en particular en su vertiente meridional. Es el caso de 6 de las 12 ciudades que, en esta situación, tienen un 16% o más de activos no agrícolas (y de la localidad de Ain Bouchekif creada por la



FIG. 10. AIN SMARA (1991): Industrialización de 1980 y urbanización de 1987. Grandes conjuntos residenciales.

automoción), pero también de 4 de las 12 ciudades con idéntico nivel de actividad de la vertiente septentrional telliana, y de una de las cuatro de las Altiplanicies cerealeras (Meskiana por su lana). Algunas se integran a la vez en los complejos de las grandes ciudades (Ain Smara y Didouche Mourad en los de Constantina; Ain Biya y Mers-el Hajaj en Arzew-Bethioua. A veces se trata de emplazamientos proyectados a modo de Zonas de Industrialización alejadas, a partir de ciudades sin industria, como, en el interior, Sidi Akkacha para el puerto de Tenes, o provistas de otras industrias, como el emplazamiento montañoso de Tounane a partir del puerto de Ghazaouet, que adquirió autonomía después por su mercado y su tráfico informal.

Las 27 ciudades desigualmente marcadas por la industria (una de cada cinco urbanizadas en 1987) presentan en conjunto unas tasas de empleo (global, 20% y no agrícola, 18,4%) claramente superiores a los promedios de las de su misma fase (18,2 y 16%) que son, a su vez, muy parecidas a las de las ciudades del período precedente, particularmente ligado a la industrialización (18,3 y 16,9). Esta ventaja, limitada en la zona litoral, con tasas de 19 y 21,2% (frente a 17,4 y 20% para ese conjunto), y en el norte del Tell montañoso, adquiere todo su peso en los valles tellianos interiores, el sur del Tell montañoso y las Altiplanicies cerealeras. con una tasa media de empleo global de más del 20% (y de empleo no agrícola de más del 18%). Esto ha sucedido a la vez que estas ciudades conocían una tasa de crecimiento más sostenida (+5,9% anual a lo largo de veinte años) que la de su generación (+4,8%) a escala tanto nacional como regional. *La industria seguía siendo, pues, en 1987, el primer factor e inductor de actividad, incluso en las creaciones recientes.*

Como se ha visto, estos nuevos centros industriales se confundían a veces con proyecciones periféricas de ciudades preexistentes en proceso de desconcentración. Estas proyecciones tienen también otras funciones. Unas 20 «ciudades» de 1987 y 8 entidades «infraurbanas» juegan ese papel, excluida la aglomeración de Argel: las 16 de la zona litoral (4 en torno a Orán, 6 a Annaba, 2 a Skikda y 4 a Blida, de las que sólo dos, en las periferias de Skikda y de Orán, se hallan en emplazamientos industriales) no están ligadas a la industria, si se excluyen tres asentamientos que han adquirido rango residencial, más que como lugares de refugio de sus trabajadores y excluidos, en especial desde 1984. Tell montañoso (alrededor de Medea), depresiones intratellianas de Relizane, Tlemcen y Guelma, montañas del sur telliano y Altiplanicies acogen las otras, incluidos dos anejos o satélites industriales de Saida (Rebahia, Ain el-Hadjar), dos de Constantina (Ain-Smara, Didouche Mourad) y uno de Tlemcen (Chetouane). Ain Arnat, a 9 kilómetros al oeste de Setif, la descarga de administraciones anexas y a la vez que de chalets de lujo e inmuebles de promoción, de parcelaciones jerarquizadas de viviendas de renta limitada, con sus contrastes sociales. Pero la periferia de Guelma separa los grandes conjuntos de Beljeir, habitados sobre todo por asalariados, de las parcelaciones de lujo y otras de signo contrario de Heliópolis, implantadas en medio semirural, yuxtaponiendo los profesionales y técnicos a la burguesía y a los marginales abiertos al sector «informal». La urbanogénesis se encuentra aquí con las vías y medios de la desconcentración diferenciada de los centros anteriores: ella misma es un testigo en su propia diversidad, dentro de la cual el motor industrial no pasa de ser una herencia.

A la inversa, este motor industrial fue determinante en la elaboración de las ciudades de la fase de los años 70. Una treintena de éstas (27%) le deben directamente la existencia y otra decena larga una parte importante de su actividad. Es mucho más que la parte residual de la siguiente fase. Las primeras, con la ciudad termal de Hammam Bou Hanifia, reunían en 1987 la tercera parte (490.000) de los habitantes de las ciudades del período, tras un crecimiento del orden del promedio de éstas (+5,5% anual), incluso en su ligera aceleración (de 4,4 a 6,5%) desde 1977.

A esta fecha, el empleo industrial ocupaba al 62,5% de los residentes de Hassi Messaoud y al 42% de los de Bir-el-Ater (de actividad muy especializada, petrolera y minera). Pero ocupaba también, por ejemplo, al 40% de los residentes activos de Hamma-Bouziiane, en la perife-

ria de Constantina; al 29% de los de Drean y Bouche-gouf, cerca de Annaba; al 24% de los de El Milia; al 37% de los de Sidi Moussa, nuevo satélite industrial de Argel, y otro tanto en Ain-el-Kebira o Jerrata. Los porcentajes eran menores allí donde las inversiones fueron más débiles (como en El Kseur: 17,3%) o más tardías (y menos exclusivas: Akbou o Ain Defla, 18,5%), aunque siempre acompañados de un número importante de trabajadores de la construcción, a los que se añadían los de los campos vecinos, a menudo llamados a integrarse en la industria una vez realizadas las infraestructuras. Y la importancia del reclutamiento de profesionales y técnicos en los grandes centros vecinos (como Setif para Ain-el-Kebira) o de obreros no cualificados y peones en la zona rural, antes de contar con viviendas en número suficiente, limitaba la población obrera en estas «ciudades nuevas», desparramándola por su periferia (PRENANT y SEMMOUD, 1992).

Así, a pesar de la rapidez del crecimiento, la tasa de actividad de estas ciudades industriales ha superado generalmente a la del conjunto de la fase. Esto sigue siendo cierto en 1987; los activos ocupados en ellas son 105.000 (97.000 no agrícolas) de los 328.000 (y 298.000) del período: el 22,2% del total y el 19,8% de los no agrícolas, frente a 18,3 y 16,6% para todas las urbanizaciones del período. Ocupan un lugar particularmente destacado en las llanuras litorales, incluidas las periferias de las metrópolis (Reghaia, Sidi-Moussa, El Hadjar, Berthioua), donde son 11 de las 31 ciudades de la fase, con cerca del 40% de sus neurbanos, y en el

Tell interior (y sobre todo en sus depresiones), donde se encuentran todas las demás —con 5 excepciones, sobre todo mineras—, con más de la mitad de la población de la zona, en los límites de la expansión alcanzada en 1977.

En el conjunto de las ciudades heredadas, casi todas convertidas en grandes o medianas, *la participación de las creaciones industriales ha sido aún mayor*. Casi la mitad de sus aglomeraciones (43) las recibieron de modo notable, incluidas (con tres excepciones, dos de ellas litorales) aquellas en las que la tasa de empleo supera el 22,5 (y 21,4 no agrícolas) de cada cien residentes. Primeras beneficiarias de las inversiones, lo fueron también en regiones desfavorecidas hasta en la zona atlásica. Con la salvedad de algunas de ellas, sobre todo de las pequeñas (como Berrouaghia que recibió en 1975-77 3.400 empleos para un total de 6.000 habitantes), su saldo migratorio a lo largo de 21 años resulta tan levemente positivo como para todo el conjunto del que forman parte: *la industria enjugó primero el paro importado por el éxodo rural*, coronado por el relevo masivo de la población colonial en 1962. En 1977, con unas proporciones de trabajadores industriales que van de la quinta parte a más del tercio de sus activos ocupados, ciudades tan diversas como Setif, Batna, Sidi-bel-Abbes, Bouira, Guelma, Azzaba, Tiaret, Jemis-Miliana, Saida o El Jroub, tenían tasas de paro en general inferiores al 20% y superaban el 15% de ocupados en todas las zonas, pese a la atracción ejercida sobre profesionales y técnicos por los grandes polos litorales. Más aún, el crecimiento



FIG. 11. BORDJ ZEMMOURA (1991): Ensanches, parcelaciones y servicios sociales, sanitarios y escolares reurbanizan en 1987 un antiguo acuartelamiento precolonial en los confines de la Kabylia, olvidada por el poder colonial.



FIG. 12. NAAMA (1992): Promovida a capital de una wilaya de la estepa al sur de Orán en 1984, seguía siendo en realidad una «ciudad en potencia» en 1987.

de los mercados locales de la alimentación con la regularidad de los salarios hacía posible un incremento en ellas de las cifras absolutas de trabajadores agrícolas, pese a su descenso relativo en el conjunto de la actividad urbana.

Desde entonces, tanto en estas ciudades como en las elaboradas hasta 1977, *sin duda la tasa global de empleo ha crecido*. Por una parte, los migrantes pendulares rurales se fueron instalando en la ciudad, a medida que se culminaban los grandes conjuntos edificados y de la apertura de las parcelaciones populares. Pero no todos: la salida al mercado, iniciada desde 1975, de las viviendas sociales en las que en un primer momento rigió el régimen de arrendamiento y la jerarquización de los solares edificables ha tendido a excluir o a marginalizar. Sin duda la terminación de 2.000 nuevas viviendas en Berrouaghia y 1.200 en Ain-el-Kebira les ha dado un dinamismo demográfico global. Pero si, por ejemplo, Ain-el-Kebira contaba en 1987 con un 23,9% de trabajadores industriales (870), los municipios rurales vecinos donde están implantadas sus industrias presentan proporciones parecidas (23,7% en Ouled Adouane). La ausencia o la escasez de nuevas creaciones industriales, o algunos cierres, a raíz de la crisis, han hecho que pese a que los residentes obreros hayan aumentado generalmente, su porcentaje entre los activos haya tendido a disminuir: así, en Souk-Ahras, del 17,8% (1.540) al 15% (2.573).

Y, sobre todo, la desconcentración ha sido selectiva: por el juego del mercado, en particular de las parcelaciones a dos niveles, pero a veces por imperativo de los planes de urbanismo, con la destrucción no solamente de islotes de hábitat precario, sino de barrios populares abocados a la «renovación» residencial (en el Hamma

de Argel en 1984). Ello ha conducido a la exclusión de las capas trabajadoras de los centros y su «acantonamiento» en los márgenes de las grandes aglomeraciones en parcelaciones mediocres, a menudo lejos de los puestos de trabajo. La inflación de barriadas periféricas ya existentes, como Bachdjarah o Djasr Qçentina en Argel y otras en Orán, Constantina, Annaba, etc., se une a las «creaciones» de aglomeraciones periféricas como «Los Eucaliptus», al sur de El Harrach, que pasó de 7.000 habitantes en 1977 a más de 54.000 en 1987. Los tres núcleos periféricos mencionados, que suman más de uno de cada diez habitantes de Argel, una tasa de ocupación global (19%) y más aún no agrícola (17,8%) inferior en un cuarto a la media de la capital (23,4 y 23%) y más desarraigados expulsados de la gran ciudad que del campo, son testigos de una inversión de los movimientos sociales y de una *desconcentración a dos o a tres velocidades*. En el polo opuesto se sitúa la ciudad nueva de Bab-*ez-Zouar*, con sus 55.000 profesionales, técnicos y asalariados regulares dominantes (y 22% de activos ocupados, no agrícolas en un 98,7%), y más todavía, todos los «heliópolis» de la periferia residencial, así como los «Dallas» de las parcelaciones de lujo intraurbanas y los centros renovados.

V

UNA FRACTURA SOCIAL CRECIENTE

Las ciudades aparecidas en los años 80 han respondido a la inversión del sentido de la evolución de la sociedad urbana argelina. Del factor de integración, en particular de los rurales desarraigados, que había llegado a ser hasta finales de los años 70, en gran parte gra-



FIG. 13. AIN TOUILA (4.000 hab., 1991): Cerca del centro industrial de Ain El Kebira (Setif), una parcelación en parte ilícita y en precario surge en los años 80 en torno a su mezquita.

cias a la creación de industrias del sector público y de servicios públicos, la urbanización, a la vez que estrechaba su malla y descongestionaba los centros sobrepoblados, *se ha convertido en factor de segregación y de marginalización*. En este sentido ha actuado el alza del coste de la vida a raíz del corte de las inversiones productivas, el endeudamiento y la especulación que caminan juntos desde hace diez años, del mismo modo que la instrumentalización del integrismo islamista. Las nuevas periferias son los hogares de «informalización» de la economía, pero por cuenta de los «liberalizadores» de

los nuevos barrios residenciales. La regresión de la estructura productiva que estuvo en el origen de las ciudades de los años 70 y de la reestructuración de las heredadas, anteriores a la independencia, ha hecho de la desconcentración de unas y otras un estallido que las ha descompuesto y tiende a recomponerlas a imagen de las de la última generación. Parece que la evolución actual, presentada como inevitable por los poderes locales, aceptada por los islamistas e impuesta por las instituciones financieras internacionales, no puede sino acentuar estas rupturas.

B I B L I O G R A F Í A

KHIAR, O. (1991), «Mutations dans les quatre métropoles», *Statistiques*, 29, Argel, págs. 34-40.

PRENANT, A. (1953), «Facteurs de peuplement d'une ville de l'Algérie intérieure: Sétif», *Annales de Géographie*.

PRENANT, A. y SEMMOUD, B. (1992), «Première approche des mutations des processus migratoires en Algérie», en *Changement économique, social et culturel et modifications des champs migratoires internes dans le monde arabe. Étude comparée (Maroc, Algérie, Tunisie, Egypte, Soudan, Jordanie)*, tomo II, URBAMA, Tours.